El pié, lijero y breve, lo llevaba perfectamente calzado con preciosos borceguíes del color del manto, y de sus pequeñas y nacaradas orejas pendian ricos zarcillos de oro y piedras en forma de culebras enroscadas.

El lujo en los trages de las señoras era notable.

La pasion por el esplendor en los vestidos, habia sido siempre entre las romanas, muy pronunciado.

Un hecho histórico nos dará á conocer hasta donde llegaba el delirio de aquellas mugeres por el lujo.

En los tiempos de Augusto y de Tiberio, para reprimir el excesivo lujo de las romanas, un tribuno del pueblo C. Oppio, prohibió por una ley, que las mugeres llevasen vestidos de diversos colores, que sus gastos superfluos excediesen de media onza de oro, que anduviesen en carruaje dentro de Roma ó en cualquiera otra ciudad, lo mismo que en el campo, sino era en mayor distancia de mil pasos, á menos que no fuese para ir á los sacrificios públicos. Esta prohibicion decretada durante lo mas recio de la segunda guerra púnica, fué obedecida por las romanas, pues los tiempos desgraciados que corrian las obligó á someterse á ella. Pero cuando veinte años despues, las circunstancias habian cambiado y los tiempos fueron prósperos, dos tribunos del pueblo propusieron la derogacion de la ley dada por Oppio, mientras otros dos opinaban porque subsistiese. Entonces las mugeres se insurreccionaron pidiendo la abolicion de la ley Oppia, y haciendo á un lado la modestia de su sexo, despreciando las advertencias de sus parientes, y hollando la autoridad de sus maridos, abandonaron sus casas, se atumultaron en las calles, tomaron las avenidas del Foro, conjurando á todos los ciudadanos que pasaban, á que tomasen parte con ellas pidiendo que se les concediese el derecho de usar los trages y adornos que quisiesen; y concurriendo á esta sublevacion las mugeres de los alrededores de Roma, abrumaron con súplicas y quejas á los magistrados y tribunos de la oposicion, siguiéndoles hasta sus casas.

Uno de los cónsules, Porcio Caton, sostenia la ley, y en sus discursos en favor de ella, reprochó acremente á las mugeres su pasion al lujo, así como á los maridos por la conducta de sus mugeres. Pero á pesar de sus esfuerzos, de su elocuencia y de su energía, propia de su recto carácter, la ley Oppia vino abajo.

Entonces, como lo habia predicho Caton, no tuvo ya freno el lujo, y se excitó entre las mugeres tal emulacion, que con el tiempo vino á ser altamente perniciosa á las costumbres.

En la época en que nos encuentra nuestra historia, el lujo habia llegado á una altura ruinosa.

Los trages, las alhajas, los adornos que ostentaban por lo mismo, las matronas que habian concurrido al concierto de Agrícola, deslumbraban.

Lucila se sentó junto á la esposa de Panza.

En aquel momento se presentó el general Agrícola, acompañado del pretor, del edil, de Tácito y de Plinio el Jóven.

Agrícola tenia treinta y nueve años de edad: habia nacido en el año 40 de la era vulgar, y corria en aquellos instantes el de 79. Su presencia era noble y simpática, su fisonomía expresiva y dulce, su mirada franca y penetrante; sus modales distinguidos y llenos de naturalidad; su continente airoso y gallardo.

Tácito tenia veinticinco años de edad, y era de figura interesante. Habia nacido en el año de 54 de la era vulgar, y su padre Cornelio Vero Tácito, caballero romano, intendente de la Galia Bélgica, le habia dado una educacion esmerada. Tácito era tan buen orador

como poeta y filósofo. Bajo el imperio de Vespasiano se distinguió en las armas, que las dejó luego para dedicarse á su primitiva profesion, esto es, á la carrera del foro, que con tanta brillantez ejercia. Notable por su valor y su talento, habia alcanzado la amistad de Agrícola, á quien acompañaba, como hoy diriamos, en calidad de secretario y consejero.

Muchos creian que esta intimidad de Tácito para con Agrícola, reconocia, ademas del aprecio al amigo, otra causa poderosa. El amor á Lucrecia.

Tácito, en efecto, estaba tiernamente apasionado de la hija de su amigo; pero aun sin este motivo, hubiera sido el mas leal amigo de Agrícola.

Este lo comprendia perfectamente así, y conociendo las bellas cualidades que le adornaban, le habia concedido la mano de su hija, cuya union debia verificarse en Pompeya.

Agrícola, despues de saludar afectuosamente á la concurrencia, se sentó en un sitio que le habian dispuesto, quedando en medio del edil y del pretor.

Tácito y Plinio el Jóven, los oradores mas notables de aquella época, á la vez que los amigos mas leales y sinceros, se dirijieron hácia donde estaban Lucrecia y Eutima.

Las dos jóvenes recibieron á los distinguidos literatos con dulce afabilidad.

Eutima estaba orgullosa de recibir públicamente las atenciones del distinguido Plinio: Lucrecia experimentaba la misma satisfaccion de alcanzar el predilecto aprecio de Tácito.

—Parece que á Plinio no le parece mal la linda hija de Diómedes—dijo Salustio á Lúdio.—Mira con qué entusiasmo le habla.

—Pero Plinio sí le parece mal á un individuo que está en la sala sin apartar la vista de él y de Eutima.

—¿Quién es ese individuo?

—Marcio.

—¿Dónde está?

—¿No le ves? Está en aquel ángulo del salon.

Salustio fijó las ojos donde Lúdio decia, y con efecto, descubrió á Marcio, solo, retirado de todos, sentado en una silla, observando de hito en hito á su prima y su rival, y procurando disimular la ira y la desesperacion de los celos.

El pretor, para obsequiar al general Agrícola, habia dispuesto, que despues de la mesa, se leyesen algunas composiciones y se cantase algo en honor del ilustre guerrero que habia sujetado á los bretones.

Ya en el *triclinium* ó comedor, habian tenido lugar, durante la comida, bailes de danzantes, espectáculo de espadachines, piezas de música, lectura, y otros entretenimientos que entonces se verificaban mientras duraba el banquete, como tendré ocasion de manifestar mas adelante.

—Silencio—dijo Salustio á Lúdio y á otros amigos que estaban hablando en otro corrillo próximo.—La lectura y la música van á empezar.

Todos guardaron silencio.

El pretor se puso en pié, y fué el primero que tomó la palabra.

La concurrencia se dispuso á oir con profunda atencion.

El discurso pronunciado con voz clara y sonora, fué elegante y elocuente.

En él manifestó con lenguaje fácil y florido, los esclarecidos hechos que enaltecian al general Agrícola, y la honra que á Pompeya le resultaba de la visita de tan distinguido patricio.

A este discurso, que fué acojido con aprobacion general, siguieron algunas piezas de música, cantadas unas y tocadas otras por las jóvenes de las familias mas notables.

Despues de una produccion musical, tocada en la lira con admirable maestría por la hija del pretor, se levantó Plinio el Jóven de su asiento.

Un murmullo de aprobacion y de ansiedad se escuchó por todos los ámbitos del salon.

—Va á leer el elocuente Plinio—se escuchó decir en voz baja entre los concurrentes.

Un silencio sepulcral se siguió á esta palabra.

Todo el mundo fijó su vista en el simpático jóven.

Las damas le miraban sin perder ni uno solo de sus movimientos.

Eutima sentia saltar su corazon dentro del pecho, dominada de una grata inquietud.

Sus ojos estaban clavados en el arrogante jóven.

Marcio, que permanecia aislado sin apartar los ojos de Eutima, leyó en el rostro de su prima todo lo que pasaba en su corazon, y se mordió los labios con ira.

—¡Le ama, sí..... le ama!..... —dijo para sí con indecible despecho.

Plinio, lleno de modestia y de dignidad, se dirijió hácia el sitio en que se encontraba Agrícola, se detuvo frente á él, y despues de saludarle con una elegante inclinacion de cabeza, empezó á pronunciar de memoria una admirable poesía.

La voz suave y armoniosa del jóven abogado y poeta, cautivó desde las primeras palabras la atencion del auditorio.

Dotado Plinio de una imaginacion ardiente y creadora, de un oido delicado y sensible á la armonía de la bella versificacion, nutrido con la literatura de las sublimes obras de Terencio, de Virgilio, de Simónides y de Eurípides, y criado en los excelentes modales de la elocuencia y de la poesía, su produccion reunia, á los mas seductores encantos en la forma, toda la belleza y toda la sublimidad de la recta filosofia en el fondo.

De cada uno de sus versos se desprendian torrentes de armonía que arrebataban por lo tierno de los sentimientos y por la dulzura, la delicadeza y la entonacion que ostentaban.

La concurrencia escuchaba con religioso silencio, temiendo perder la menor de sus palabras.

Plinio, inspirado por el númen de la elocuencia y de la poesía, y acaso tambien por el intenso amor que le inspiraba Eutima, parecia un manantial inagotable de perlas oratorias y poéticas que fecundaba el ameno campo de la bella literatura.

Enérgico en la descripcion de las batallas, describió con admirable maestría y con sublimes rasgos, su campaña contra los bravos bretones, avanzando hasta los golfos de la Caledonia, como se llamaba entonces la lengua de tierra que separa la Bretaña de la Escocia; cercándoles con su escuadra ambas playas, tomándoles el desfiladero, y obligándoles á rendirse y someterse, pintando á la vez con maestro pincel el valor de los contrarios, que al ver perdida toda esperanza, incendiaron sus casas, y aun muchos dieron muerte á sus mugeres é hijos, por arrebatarles el yugo de los invasores.

Al lado de la enérgica entonacion de estos hechos belicosos, resaltaba el tierno, delicado y dulce acento, al pintar el cuidadoso empeño con que Agrícola trató de mejorar la suerte de los pueblos vencidos, su humanidad y su interes por su civilizacion y prosperidad.

En estos hechos en que se trataba de hacer resaltar los sentimientos humanitarios de Agrícola, trazó Plinio con tal suavidad, con tan delicados conceptos, con tan sublime sencillez y verdad de colorido la paternal proteccion de Agrícola á los pueblos dominados, que los que escuchaban se sentian profundamente conmovidos.

Cada verso era un pensamiento, cada pensamiento una verdad, cada verdad un tesoro de belleza.

Plinio acabó de hablar, y su poesía fué seguida de nutridos aplausos.

Tácito fué á abrazarle, y Agrícola le estrechó la mano, dándole las gracias por el buen concepto en que le tenia.

—¡Cuánto saber, cuánto talento y gracia se reunen en este Plinio!—dijo Lucrecia dirijiendo la palabra á Eutima, que como he dicho, se encontraba á su lado.—¡Difícilmente se podrá encontrar en tanta juventud, tanta ciencia! ¡Será muy feliz y envidiada la muger que llegue á cautivar su corazon.

Eutima guardó silencio.

Las palabras de la hija de Agrícola la envanecieron, puesto que aplaudian al hombre que ella preferia á todos.

Lucrecia ignoraba la secreta pasion de Eutima hácia Plinio, y siguió haciendo elevados elogios del jóven abogado.

Poco despues Tácito y Plinio se acercaron á las dos bellas, contento el primero del triunfo alcanzado por el segundo.

—Habeis estado admirable, Plinio—le dijo la hija de Agrícola con dulce afabilidad;—y al mismo tiempo que os felicito por vuestra excelente composicion, os doy las gracias por los elogios que en ella haceis de mi buen padre.

—Y yo os doy el parabien con todo mi corazon—agregó Eutima,—por el nuevo lauro que habeis alcanzado.

Esta felicitacion de Eutima tenia para Plinio mas precio y valía que todos los aplausos juntos de los demas concurrentes.

¡Es tan lisonjero el voto favorable de la muger que se ama!

El modesto y elocuente abogado manifestó á la hija de Diómedes en términos los mas expresivos, lo satisfactoria que le era su opinion, y se sentó á su lado.

El celoso Marcio, que no habia apartado los ojos de Eutima y de Plinio, revelaba en la contraccion de sus facciones y en el movimiento de sus labios, la ira y el despecho.

Plinio era el objeto de la conversacion de todos en aquel momento.

En cada grupo se hablaba en elogio suyo.

Salustio, Lúdio y los demas jóvenes que junto á ellos estaban, ensalzaban el talento, el saber y la modestia del notable y simpático abogado.

Aquellos elogios que se repetian por todas partes y que llegaban á los oidos del primo de Eutima, eran otros tantos dardos matadores que le destrozaban el corazon.

Por fortuna suya, se anunció que se iba á cantar una pieza.

—Escuchemos con atencion—dijo Salustio á sus amigos:—va á cantar la encantadora Lucila.

Con efecto, la linda esposa del director de la Academia de Música, se levantó del asiento que ocupaba, y se dirijió con réjio continente á otro lujoso y notable, colocado casi en el centro del salon.

Lucila se sentó con natural y seductora elegancia, tomó en sus delicadas manos una dorada lira que junto al asiento se ostentaba, y preludió con un gusto y limpieza admirables los primeros compases de la introduccion de la pieza que se disponia á cantar.

Los ojos de todos estaban fijos en ella.

Nadie movia los labios.

De repente se dejó escuchar la argentina voz que salia de aquella ebúrnea garganta, trasmitiendo los afectos de su corazon, al corazon de cuantos la escuchaban.

Su canto era, ya suave y dulce como el blando murmurio de la brisa rizando las claras linfas de un sereno lago, ya imponente y robusto como el terrible aquilon, cuando enojado Iolo se propone manifestar su poder; pero siempre seductor, siempre sentido, simpre admirable.

No de mas dulzura y expresion estaria dotado el irresistible canto de las tres bellas hijas del rio Toas y de la ninfa Caliope, de aquellas seductoras sirenas que con el encanto de sus voces, la melodía de sus acentos y la mágia de su música atraian al promontorio de Sirenusa, situado entre la isla de Capria y las de Italia, á los navegantes que por allí cruzaban, sin que nada pudiera deshacer el poderoso encanto que de sus almas se apoderaba.

Lucila acabó de cantar, y un aplauso general resonó por todos los ámbitos del salon.

—Voy á darla el parabien—dijo Salustio á sus amigos, y se dirijió hácia ella, conduciéndola despues al sitio qne antes habia ocupado.—Habeis estado admirable, y me habeis hecho sentir de una manera indecible—añadió sentándose á su lado:—vuestra voz, lo mismo que vuestro divino rostro, tienen el poder de cautivarlo todo.

—Vuestra galantería y buena educacion os hacen exajerar una cosa que nada encierra de notable.

—¡Nada de notable! Os aseguro, hermosa Lucila, que nunca he envidiado tanto el poder de Júpiter como al oiros pulsar con tal dulzura la lira.

—¿Por qué?

—Porque á tenerlo, hoy me hubiera trasformado en lira para haber tenido la dicha de sentir las caricias de vuestras blancas manos.

El esposo de Lucila, que habia ido á sentarse detras de ellos, y á quien ni Salustio ni la hermosa habian visto, sintió notable disgusto al escuchar aquellas palabras.

El director de la Academia de Música era extraordinariamente celoso, y se alarmaba fácilmente.

—Pero vos, Salustio, no teneis presente—contestó con suma gracia Lucila,—que muchas veces se pulsan con tal fuerza las cuerdas, que en vez de ser acariciadas, se rompen.

—Pero si se rompen sin intencion del que las toca, y en vos no habia propósito de herirme, mi gloria seria completa.

—Sin embargo, Júpiter en las muchas formas que tomó, no se convirtió en lira, y esto me hace creer que no es la mas acertada de las trasformaciones.

—Es porque Júpiter no os conoció, hermosa Lucila. Para las almas entusiastas y nobles como la vuestra, la trasformacion en lluvia de oro hubiera sido una ofensa; la de toro, impropia; la de cigüeña, ridícula; la de llama de fuego, temible; la de pastor, tonta; la de águila, inconducente, y la de cuchillo, nécia. Nada; estoy seguro de que la que hubiera adoptado para vos hubiera sido la de lira.

El esposo de Lucila dejó asomar á su rostro un rasgo de ira.

—Aquel dios—dijo la hermosa—no fijaba la atencion en figuras tan insignificantes como la mia.

—De las cuarenta y cinco amantes que tuvo, os juro que ninguna atesoraba las gracias que en vos se reunen, y mucho menos vuestra belleza y talento.

—¡Qué exajeracion!

—Os lo he dicho cien veces en vuestra casa: nadie puede competir con vos en atractivo, en hermosura y en talento. Mañana volveré á vuestra casa y os lo repetiré.

El esposo de Lucila se sorprendió.

Las últimas palabras de Salustio le hicieron ver que habia visitado á su muger, cuando él ignoraba aun que la conociese.

Esto acabó de exaltar sus celos.

Sabia que Salustio era el mas temible y osado de los libertinos de Pompeya, y le temia; sin embargo, aunque ciego de enojo, se propuso saber hasta dónde llegaba el disimulo de su muger, y se levantó sin ser visto, para irse á sentar mas lejos, resuelto á sorprender al siguiente dia en su casa á Salustio.

El haberse levantado en aquel instante del asiento que ocupaba, le hizo ignorar la contestacion de Lucila.

—Sí; me lo habeis repetido varias veces en mi casa, á pesar de haberos prohibido que entráseis á ella, como os prohibo que vayais mañana.

—Para cumplir con vuestro deseo, seria preciso qne vos hiciéseis una cosa.

—¿Cuál?

—Que fuéseis á la mia.

Pero dejemos en conversacion á Salustio y Lucila, así como al esposo de esta, meditando en lo que debia hacer al siguiente dia, y ocupémonos de Glauco.

El jóven ateniense no se habia quitado ni un solo instante del asiento próximo á Ione.

Las palabras mas dulces de amor se habian cruzado toda la noche entre ellos.

Arbace, oculto detras de la estatua, les habia estado observando sin perder ni uno solo de sus movimientos.

Una jóven que acaba de llegar, fué conducida al sitio que ocupaba, y Glauco tuvo que dejar, aunque con sentimiento, su asiento.

Arbace respiró.

Glauco, deseando respirar el aire puro, salió de la sala.

El egipcio se sonrió con satánico placer.

Glauco, por una casualidad, se dirijió hácia el sitio en que estaba la estatua.

El gran sacerdote de Isis, sintió el deseo de la venganza.

En aquel instante el pretor se acercó á Lucila para suplicarle que tocase alguna pieza en la lira, y la condujo al centro del salon.

El director de la Academia de Música, que lleno de celos, no habia apartado la vista de su esposa y de Salustio, quedó tranquilo.

Este, al verse sin el objeto que le hechizaba, salió tambien de la sala y se acercó á Glauco.

El celoso Creon, no queriendo perderle de vista, le siguió; y sin que nadie notase en él, se colocó á una distancia desde donde podria observarle y escuchar lo que hablase.

A reunirse con Salustio y Glauco fué á poco Lisipo que no se habia separado de su amada Agripina.

Los tres jóvenes y Lúdio que no habia entrado en el salon, se pusieron á hablar junto á la estatua detras de la cual permanecia Arbace.

Solamente Marcio se instaló en el salon, furioso contra Plinio que seguia al lado de Eutima en animada conversacion.

—Muy contento te he visto esta noche al lado de tu hermosa Agripina, querido cuestor—dijo Salustio á Lisipo.

—¡Oh!..... sí: el amor de una muger pura, es lo único que satisface el corazon. ¡Ojalá tu alma se fijase en una de esas jóvenes puras como la blanca azucena de los valles, cuyo dulcísimo aliento embalsama la existencia, y cuya púdica modestia seduce y encanta.

—Yo prefiero seducir, á ser seducido: vencer, á ser vencido: alcanzar el amor de la muger del vecino, á que el vecino alcance el amor de la mia. Hé ahí por qué no me caso.

—Cuando yo lo haga—dijo Lisipo,—no te llevaré á mi casa. Seremos amigos; pero fuera de ella.

—Harás muy bien; pero en cambio iremos juntos á la de Sostrata y Frigia.

—Nunca: no dejaré el cariño santo de Agripina, para comprar el torpe y liviano de las impuras *cortesanas:* no haré ese ultraje á la virtud de la primera ni á mi propia dignidad. Bien sabes que á esas casas de vendedoras de falsas caricias, siempre he concurrido con repugnancia, y arrastrado por tí.

—¿Y qué tal te ha recibido Lucila?—preguntó Lúdio á Salustio.

Creon, al oir el nombre de su muger, aplicó el oido.

—Escuchad—contestó Salustio.—Lucila.....

Y el libertino jóven habló en voz tan baja, que ni una sola palabra de lo que hablaba pudo entender el director de la Academia de Música.

De repente se oyeron los preludios dulcísimos de una lira.

—Amigos,—les dijo Salustio cortando la conversacion:—vuelvo al salon á escuchar á Lucila.

—Vamos tambien nosotros—añadieron Lisipo y Lúdio.

Y los tres penetraron en el salon.

Glauco se quedó solo, casi junto á la estatua.

Arbace entonces saliendo de detras de la estatua y poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo:

—Tengo que hablaros.

Glauco volvió el rostro, y al encontrarse con el egipcio, se sorprendió. Sin embargo, recobrando inmediatamente su aplomo, contestó:

—Decid lo que gusteis, que ya os escucho.

—Aquí pueden oirnos: fuera podriamos hacerlo con mas libertad.

—Pues salgamos.

Arbace y Glauco se dirijieron á la calle.

En los instantes en que ponian los piés en ella, Marcio, desesperado de celos, y no pudiendo permanecer por mas tiempo en el salon, salia del edificio exclamando en la exaltacion de la ira:

—Es preciso que termine esta situacion: se aman, y yo quiero cortar ese amor que es mi tormento. Plinio irá á acompañarla, y yo le esperaré á que vuelva en la calle de las Tumbas. Marchemos.

Y el primo de Eutima se dirijió hácia el solitario sitio de las Tumbas con objeto de esperar allí á Plinio.

¿Qué pasó entretanto con Glauco y Arbace?

¿Qué medidas tomó el celoso Creon contra Salustio?

CAPITULO XIX.

UN ENCUENTRO INESPERADO.—COMPASION HIPÓCRITA.—UN MEDALLON.—SORPRESA.

Marcio, resuelto á exijir de Plinio que se abstuviese en lo sucesivo de galantear á Eutima, marchaba á paso veloz hácia la *Calle de las Tumbas.*

Entregado iba á sus ideas de sangre y de venganza, cuando al llegar cerca de la tumba conocida con el nombre de *Hemicyclum cubierto,* llegó á sus oidos el ruido de algunos pasos.

Marcio dirijió la vista hácia donde estos se escuchaban, y descubrió á una muger que se acercaba lentamente.

El aire, la manera de andar de aquella muger, le hicieron comprender que era jóven.

Marcio presintió que algo de lisonjero le esperaba en aquel encuentro.

No podia descubrir aún las facciones de la muger que se aproximaba; pero su imaginacion le representó una belleza misteriosa.

El primo de Eutima, preocupado con esta lisonjera idea, se olvidó por un momento de Plinio y de sus celos.

Se le presentaba una aventura amorosa, y ante ella, el libertino jóven no pensó mas que en aprovecharse de la feliz casualidad que le presentaba aquella inesperada y venturosa aparicion.

La muger se acercó.

Marcio fijó los ojos en ella, y quedó sorprendido.

Su corazon dió un vuelco dentro del pecho y latió fuertemente de placer.

La muger que tenia delante de sus ojos, á su lado, sola y lejos del centro de la ciudad, era Nicea.